

Prólogo de Antonio Saura Medrano: *Elogio y descubrimiento de la madre*

Gracias al trabajo, la curiosidad y la dedicación de dos intrépidas investigadoras, María del Pilar García Herrador y Amaia Zufiaur, nace este libro que permite dar a conocer algo —y digo algo porque mi madre ha sido polisémica y curiosa y ha tocado muchos mimbres— de la vida profesional de Adela Medrano García, mi madre. Y sirve para dar a conocer para quien quiera estudiarlo, un momento de la historia del audiovisual español, y más concretamente del nacimiento y desarrollo del «cine industrial».

Viene muy bien este descubrimiento en vida de una estupenda profesional, mejor que los póstumos a los que somos tan dados en España. Y me agrada muy especialmente porque aunque siempre he llevado con orgullo mi segundo apellido, me gusta la idea de que ahora los que pensaban en lo arduo que era llevar el apellido de mi padre, se den cuenta de que esa alforja tenía dos lados, que se compensaban, pues siempre estuve muy orgulloso de los logros de mi madre, más callados, menos públicos, pero no menos meritorios al unirse el hecho de que lo hizo siendo mujer en un tiempo en que se esperaba que las de su sexo y condición quedaran en la cocina y con la pata quebrada.

Este trabajo viene, por tanto, a reivindicar un pasado que había quedado oscurecido por el poco brillo aparente de las actividades a que se dedicaba mi madre. Obvio, hubiera lucido más si se hubiera dejado convencer por los que la proponían unirse al carro de las muy pocas mujeres directoras de cine (y propuestas, me consta, no faltaron), pero ella, prudente o timorata, siempre calculó que mientras su exmarido fuera creciendo en la industria, ella sería sempiternamente comparada con él. Bien para alabarla o para criticarla, pero con criterios poco objetivos y más sacados de la crónica del papel couché.

El trabajo que han emprendido estas dos investigadoras ha implicado un enorme esfuerzo por su parte por extraer información precisa de los recuerdos de la protagonista, a veces de una precisión sorprendente, otras de una vaguedad insufrible, no sé si por prudencia o por la edad, o por ambas cosas. Sigue

<https://dx.doi.org/10.5209/hei.006.00>

Adela Medrano. Una vida brillando en el cine industrial y la academia. María del Pilar García Herrador y Amaia Zufiaur Ruiz de Eguino. © Ediciones Complutense, 2026.

habiendo en la vida de mi madre historias nunca contadas a las que incluso yo, que soy muy curioso, apenas he tenido acceso a retazos, y muchas veces con datos contradictorios. Lo impresionante del trabajo de Amaia y María del Pilar ha sido ir contrastando la información que acumulaban de manera metódica, hasta conseguir llegar a este maravilloso resultado que va a poder leer quien se adentre en sus páginas.

Tampoco ha debido de ser nada fácil la tarea casi de arqueología de buscar las obras de mi madre, muchas de las cuales han debido desaparecer, o siguen en paradero desconocido. No es fácil rastrear la historia de las obras de cine industrial español, bien por no ser valorado el cine industrial como «memoria visual» de un país, ni haber sido preservado por las empresas que las contrataron, algunas de las cuales ya ni existe; o bien por pertenecer a un pasado audiovisual que directamente no se conservaba por lo fungible del negativo, o por la reutilización de las cintas en que se grababa. Pero también es muy meritorio que, al plantearse este libro, han debido de adentrarse por sendas nunca exploradas, o mal estudiadas a partir de análisis ideológicos que desgraciadamente son los que han contaminado muchas veces el estudio de la historia del audiovisual en nuestro país. No es por tanto de extrañar que en muchos de los estudios que he leído del cine español, es moneda común que la obra pase a segundo lugar y lo que se estudie sea el contexto obviando la valía del creador. Pero como el contexto se aprende mejor estudiando la obra, eso es lo que hacen aquí brillantemente Amaia y María del Pilar.

Alabo y felicito, por tanto, el enorme esfuerzo que, me consta, ambas han debido realizar para ir juntando piezas del rompecabezas de la memoria de mi madre, buscar información debajo de las piedras sobre los trabajos que realizó, y poner orden y fino análisis para alumbrar este libro, por lo cual les estoy profundamente agradecido.

Mi madre es coetánea y formó parte de un grupo de mujeres creativas admirables y de provincias que coincidieron de jovencitas en el Madrid de los 50 (las Aldecoa, Martín Gaité, Montse Santamaria y algunas más), se casaron con varones de gran empuje y solo más tarde, bien por fallecimiento de sus cónyuges o, como en el caso de Adela Medrano, por separación (no existía el divorcio en España), tuvieron que ganarse los garbanzos con mucho esfuerzo y más talento.

En un tiempo donde las mujeres ganaban mucho menos que los varones por el mismo trabajo, en el que se esperaba que no opinaran de nada, y en el que si avanzaban en cualquier empeño era porque, seguro, «se estaban acostando con el jefe» —porque en la mentalidad cerrada de su época a algunos varones

les costaba aceptar que una mujer fuera más brillante que ellos y recurrían al insulto o el menosprecio—, mi madre tiró de pundonor, inteligencia y creatividad.

Este libro se centra sobre todo en su paso por aquel centro de ideas y producción que fue Cinecorto del que tan gratos recuerdos tengo. Me despierta su lectura recuerdos del añorado Enrique Torán, su dueño, y sabio en tantas cosas y del que tanto aprendí (no solo de cine, fotografía, ¡de gastronomía!), de su maravillosa y acogedora familia, de aquellos cocidos ilustrados al que tan generosamente invitaba a su casa en tiempo de matanza, y se poblaba de la gente brillante de la que se rodeaba, de Pérez Gallego, José Luis Borau, Miguel de la Quadra-Salcedo, Enrique de las Casas... Y por ahí paraban a comer también Jaime de Armiñán, las Vainica Doble, Carmen Santonja y Gloria van Aersen, y otros que no recuerdo tan bien.

Adela Medrano era la única mujer cineasta entre tanto varón sobresaliente. Borau devendría uno de los grandes directores de cine español, De las Casas marcó una época en la televisión nacional, Pérez Gallego fue uno de los grandes de la publicidad, De la Quadra-Salcedo inventó el género de aventuras él solito. Irradiaban talento, ganas de comunicar, inventiva, y lo impresionante era ver que mi madre les trataba y era su igual.

Este fantástico libro recorre por encima su biografía y analiza con detalle y simpatía sus trabajos dentro de eso que se llamó «cine industrial» y que sus autoras aciertan a definir. Toca también los afanes pedagógicos de mi madre y su curiosidad por todo lo que atañe la enseñanza, y su pasión por el documental. Cuando repaso mi carrera no tengo que mirar muy lejos para ver la influencia principal que ha tenido en lo que he hecho y hago. Tanto cuando fundé y dirigí la Media Business School, como en muchos de los documentales que he producido con López Linares, está la huella de su influencia. No me cabe la menor duda de que mi curiosidad en estos ámbitos nace de tanto tiempo de estar, observar y aprender de mi madre.

De ella como profesional recuerdo cuando regresaba de algunos rodajes y nos contaba sus aventuras: como buena documentalista venía entusiasmada con lo que retrataba, y así si volvía de documentar el proceso de la pesca y los congelados, ya sabíamos que tocaba comer durante un tiempo alimentos congelados, o si hacía un documental sobre las pastelerías Mallorca, gozábamos porque nos llevaba a zampar tocinillos de cielo y *croissants* los fines de semana que pasábamos con ella mientras nos ponderaba las virtudes del proceso de producción seguido para hacerlos.

Temporadas escuchando sobre las virtudes del cemento por su documental sobre la cementera Asland, o la historia de los romanos y las minas de Riotinto, por no hablar de lo largo que se hacían los viajes por la autopista del Mediterráneo porque nos iba mostrando una a una las distintas esculturas que había filmado, algunas de ellas de gente que conocíamos, además, por las amistades que aún compartían mi padre y mi madre.

No eran oficios donde se pagara mucho, más bien poco o nada, mucho era vocacional. Ver a mi madre hacer milagros para poder combinar tres trabajos con los que llegar a fin de mes, todos bien, siempre en la vanguardia de lo suyo, conduciendo su pequeño automóvil de turno (un 4L, un Mini, un 127...), acompañada de nuestro añorado perro Puk —un ladrador yorkshire terrier que, con sus agudos ladridos, defendía el auto de potenciales cacos o curiosos despistados—, yendo de la ceca a la meca para cumplir horarios extenuantes, sacrificando vacaciones para ir a los rodajes, es algo que a uno le va marcando en cuanto al respeto al trabajo, al esfuerzo y a la pasión por lo suyo. Otra cosa que nos transmitió mi madre fue el disfrute con lo que hacía. Hasta a los des-empños teóricamente más aburridos sabía darle un giro que le entretenía.

Mi madre tan solo tropezó en la vida con la burocracia que le imponía un machismo social imperante, siempre le calzaron jefes para «supervisar». Algunos —pocos— fueron brillantes y de ellos, como es el caso de Enrique Torán, aprendió mucho; otros casi consiguen amargarle la vida. Mujer de recursos, siempre supo retirarse a tiempo si veía que la cosa no tenía solución. Una pena que algunas de esas historias le hicieran dejar la docencia, donde, me consta por testimonios, dejó un más que grato recuerdo en sus alumnos, o que un cambio en la jefatura terminó por sacarla del Ministerio de Trabajo donde había creado la Sección de Audiovisual de Prevención de Riesgos Laborales donde había podido inventar piezas breves que reducían a lo esencial la complejidad de los riesgos en los oficios y ayudaban al operario a no perder nunca de vista los retos a los que se exponía en el desarrollo de su profesión.

Por todo eso, porque ella se merece este y muchos más reconocimientos, por la calidad del estudio que aquí se presenta y por la tenacidad de sus autoras, que se han tenido que enfrentar a la dificultad de la recuperación de piezas y testimonios, y porque ahondan con originalidad y talento en una parte desconocida de nuestra historia audiovisual, este libro se convierte en un elemento fundamental para ir conociendo mejor el trabajo de los profesionales que, trabajando lejos de los focos, han sido esenciales en nuestro crecimiento como sociedad.